

Custodios de idéntico linaje

Vicente Quirarte

Vicente Quirarte se ha lanzado a una aventura de autoficción y rememoración con su novela La Invencible, de la que ofrecemos un fragmento en el que aparecen las presencias que ayudaron al poeta a encontrar su propia voz e identidad.

A Marina, Eduardo y Alejandro Cadaval Narezo

Cuando murió papá, una legión de ángeles guardianes quedó de este lado para protegerme, ponerme a prueba, obligarme a crecer con nuevos golpes. Diego Valdés y su Patricia, alumna predilecta de papá, se encargaron de que la sordidez que circunda a la muerte por voluntad propia se transformara en muralla para defender al caído y preservar con limpieza su memoria. A Diego debo igualmente el encuentro con mi primer padre sustituto y figura tutelar de mi existencia. Una mañana llegué a la oficina de Rubén Bonifaz Nuño, el enorme poeta a quien admiraba y leía desde mi adolescencia. Cuando tuve el privilegio de cruzar mis primeras palabras con él, supe que todo en él era sabiduría asentada, viaje de regreso. Sin embargo, me sorprendió encontrar además a un ser humano alegre y cordial, irreverente y respetuoso. Me admiró verlo rodeado de juguetes muy personales, desde una daga florentina para la mano izquierda hasta una alcancía de Charly Brown y una colección envidiable de caleidoscopios. Por circunstancias del mágico azar y por generosidad de mis amigos entré a trabajar, por obra determinada, en el Instituto de Investigaciones Filológicas fundado por el poeta. Aunque de inmediato caí en cuenta de que

Rubén Bonifaz Nuño ocupaba el lugar emotivo de mi padre, nunca se ha afanado en ejercerlo. Se transformó, en cambio, en hermano grande, protector y discreto, amable y riguroso. Sobre todo, me enseñó a reírme de mí mismo, aun en las peores circunstancias. Durante un naufragio amoroso, Rubén me llamaba cada tarde para ver cómo estaba, me aconsejaba, se reía y reíamos juntos. Cuando emergí de mi personal desastre, le agradecí sus constantes llamadas. Me respondió que él había pasado temporadas en infiernos similares. Más adelante me fui incorporando a la cofradía que, espontánea y selecta, se fue formando alrededor de Rubén Bonifaz Nuño. Un viaje a Nueva York, en el cual participaron la mayor parte de esos cofrades —Bernardo Ruiz, Sandro Cohen, Carlos Montemayor, René Avilés Fabila—, convenció a Rubén de quiénes eran los elegidos capitanes de su guerrilla espiritual. Religiosamente, a lo largo de cinco años, los jueves a partir de las ocho de la noche, nos reunimos en *La Lechuza* de Miguel Ángel de Quevedo. Poco a poco se fue afinando el código de la que vino a adquirir el nombre de Cofradía de Los Calaca. No Las Calacas ni Los Calacas sino Los Calaca.

Otro ángel ígneo enviado por papá fue Alejandro Cavaval, que me dio todas las facilidades en mi trabajo, cuando él era director general de actividades deportivas y recreativas de nuestra Universidad. A esa solidaridad contribuyó Manuel Andrade, alumno de mi padre, artista integral y a quien debemos el diseño del escudo de nuestro puma universitario. Entre otras muchas cosas, Alejandro me enseñó que el dolor nunca es suficiente. Que siempre es posible soportar más. Semejante principio, tan simple y tan difícil, me ha sostenido a través de los años, en pequeñas y enormes tareas. La lección principal tuvo lugar una luminosa mañana en Zacatecas, cuyo agudo y alto azul hacía más real que nunca el verso de Ramón López Velarde, “un cielo cruel y una tierra colorada”. Habíamos salido a correr en grupo, entre otros, Guillermo Samperio y Severino Salazar. Nos encabezaba Alejandro, el mejor atleta entre nosotros: guapo, alegre, cínico. En su juventud, campeón de salto olímpico. Frugal en sus hábitos, ávido en su carrera por la vida. “Con entusiasmo, sin forzar, dando su sitio a cada músculo”, nos decía. Circunvalamos la ciudad y llegamos al crestón del cerro de La Bufa. El corazón saliéndose del pecho era el mejor homenaje al poeta, así como el tren que, súbitamente, apareció al fondo del paisaje, “como aguinaldo de juguetería”. Estábamos a la mitad del trayecto. La mayoría de nosotros, agotados y con deseos de transformarnos en un gran vaso de jugo, en un baño, esas formas cotidianas de resurrección. Me atreví a sugerir a Alejandro que ya no podíamos. “Tú sí”, me dijo. Le pregunté cómo podía saberlo. “En cuanto

llegamos, diste la media vuelta con un compás de piernas y un salto que tus compañeros ya no pudieron dar, porque no lo quisieron dar. Siempre se puede más”. Palabras más o palabras menos pueden encontrarse en todas partes, desde los manuales de superación personal hasta *El arte de la guerra*. Vivirlas, transformarlas en acción, es otra cosa. Hicimos el camino de vuelta y al final no hubo naranjas más dulces que las de un hombre que pasaba. “Con el mejor de los ingredientes: la sed”, decía Alejandro. Y así en todo. Cuando le contaban que el Everest era maravilloso, no se resignaba a contemplarlo en una fotografía: se incorporaba, como podía, a la siguiente expedición mexicana que partiera al Himalaya. Un día compraba una motocicleta lujosa como Rolls Royce. Al siguiente la había vendido y utilizaba el metro y los autobuses cuando no lo trasladaban sus poderosas piernas. Una mañana, seguramente la más luminosa y llena de esperanza renovadora, se estampó de frente con un tráiler. Siempre quiso ser un muerto joven. La compañía de seguros, que son los primeros enemigos de quien asegura, se negó a pagar la cantidad que amparaba la muerte accidental. Sus celosos detectives y peritos concluyeron que la muerte de Alejandro había sido un suicidio.

Un atleta de alto rendimiento tocado por la sombra es tan peligroso como un gato montés acorralado. Alguna vez fue uno con los dioses, probó la gloria, fue un dios al ponerse los tenis y conquistar el mundo. Con sólo ese par de armas, esas alas, inseparables de piernas, sincronía, respiración, resistencia. Si cambiamos la palabra atleta por escritor, la analogía es igualmente posi-



El profesor Martín Quirarte con sus alumnos en la Facultad de Filosofía y Letras

ble. Robert Frost lo dijo: “I think of the poet as a man of prowess, just like an athlete”. Un corredor bajo el imperio de la melancolía lleva cosida en la camiseta y en la carne una enseñanza de Allan Sillitoe: ninguna carrera es la misma. El mismo trayecto de una misma ruta depara cada día una nueva experiencia. El escritor, como el corredor, practica su trabajo en la forma más gratuita y desinteresada, porque nadie lo obliga. Y si bien comencé a correr en compañía de mi hermano mayor aún en vida de mi padre, fue después de su partida cuando la carrera de larga distancia se transformó no sólo en una tarea física, sino en mis verdaderos ejercicios espirituales.

Ascética, espartana y heroica por simple y solitaria, la carrera me llevó a conocer la ciudad de otra manera. Como el Hombre Araña en sus excursiones nocturnas, entendí que caminar la ciudad es distinto a caminar en ella, a caminar por ella. La ausencia de preposición era como la ausencia de red protectora para mitigar la caída. Correr la ciudad es vivirla de otra manera, es poseerla como si su cuerpo no hubiera pertenecido antes a nadie. La ventaja de correr sobre otras disciplinas es que uno se enfrenta a sí mismo y hace de la soledad su fuerza. Correr modifica el cuerpo, pero también la percepción de la realidad. Cambia nuestra anatomía y cambia la manera en que el mundo nos recibe, cómo lo interpretamos. Correr ha sido mi forma de estar solo, como decía Pessoa de la poesía. Estar solo y no. Es estar plenamente con el breve animal que nos es dado en la aventura más larga del planeta. Conocerlo y confrontarlo. Agradecer su resistencia y reclamarle sus debilidades. Exaltarlo y hacerlo merecer el siguiente minuto. Premiarlo. Merecer el desayuno que se toma bajo el sol y sentir que dispersamos las sombras y comulgamos realmente con el mundo. Escribir es avanzar. Caminar y correr ahuyentan estériles fantasmas y nos dejan con los imprescindibles. Londres sintió las largas piernas de Virginia Woolf agotar sus calles; Praga, las obsesivas caminatas de Franz Kafka. Tras imaginar la estructura de mil castillos en sus vagabundeos, lograba incorporar al edificio un solo humilde tabique en ésa que representaba su verdadera jornada de trabajo. En principio es mejor el destilado que pasa por la mayor cantidad de venas del alambique. Sin embargo, las iluminaciones más intensas no están sujetas al tiempo. Ningún texto me ha dado la plenitud de haber cruzado la isla de Cozumel y de tal manera vivir aquello que no he escrito. Esa intensidad hace verdadero lo escrito y lo que está por ser escrito.

Correr por una ciudad es hacerle el amor de otra manera. Muchas ciudades me revelaron de ese modo sus secretos: Atlanta y sus calles pobladas por negros enormes y sonrientes que al aplaudir mi paso me obligaban a redoblar esfuerzos; las carreras vespertinas en Jerusalén, cuando me acariciaba ese sol menguante que miró

hace mucho el Nazareno; el trayecto del centro de Providence a Swann Cemetery donde una vigilante me dijo a la salida, con voz estentórea, *This is no place for jogging*; los diez kilómetros del tupido y esplendoroso Stanley Park, que tiene casi el mismo aspecto de cuando lo descubrieron los ojos del capitán Vancouver. El cruce de la isla, los tres perros que me salieron al encuentro junto con el estruendo y la alegría del mar abierto al amanecer; las carreras a lo largo del cauce seco del río Turia de Valencia, para llegar al cual es necesario primero, desde el viejo corazón de la ciudad, cruzar un tratado de arquitectura de todas las edades y una sucesión de nombres femeninos que pone en combustión el cuerpo con el alma: Plaza de la Reina, Plaza de la Virgen, Basílica de Nuestra Señora de los Desamparados, y el sol que sonríe desde temprano mientras pone dos veces azul la cúpula de Pío V. Y Nueva York, esa ciudad que se ha entregado ante un vaso de café comprado en el local barato y bebido frente al cuerpo suntuoso del Hotel Plaza; la carrera al alba en el Central Park, cuando en él me perdí y hubo la afortunada necesidad de prolongar la despedida; el cruce del puente de Brooklyn aquella mañana en que parecía recién construido o como si lo hubieran levantado para colmar los siete sentidos que llevaba.

Un látigo de aire frío anima presencias ausentes, azuza los sentidos. Agosto de 2011 en la Ciudad de México. Febrero de 1984 sobre el cielo de Dallas. Venir a una ciudad casi siempre regida por el sol a conocer la nieve, verla por primera vez como una inmensa sábana que cubre el mundo. Desde el aire la nieve se extiende más allá de lo que la mínima ventana del avión es capaz de enmarcar. En el aeropuerto me recibe, enorme, irreverente, incontenible como huracán de su Cuba nativa, Nelson de Vega. El hombre del que antes era un nombre por teléfono, en unos cuantos días se revelará como anfitrión y protector natural, responsable asignado del profesor visitante que seré en Austin College. Más temprano que tarde, con la celeridad que otorga el amor sin alas de la fraternidad auténtica, habrá de convertirse en hermano mayor y consejero, inquebrantable cómplice. Nuevo padre que adopto y me adopta para siempre. Todo se va haciendo en él a veces natural y suave, otras expansivo e hiperbólico. La vida que me ha tocado vivir es una antes y después de Nelson de Vega.

En ese momento, y habremos de hacer la mutua confesión bajo la claridad del tequila blanco, yo me desilusioné de que eso que me recibía era un profesor universitario en Estados Unidos. Él, de que la Universidad Nacional Autónoma de México enviara como profesor a un ser acaso demasiado tímido y recatado para enfren-

tarse a los avatares texanos. En su español rotundo y sin concesiones, el cubano dijo: “Nos mandaron un putito”. El agua y el aceite pudieron combinarse y con el paso de los días y las semanas la simpatía devino en amistad; la amistad en complicidad; la complicidad en fraternidad hasta ahora no quebrada. No sabía que se podía ser tan feliz al lado de un padre. No sabía que un padre pudiera ser tan divertido. Si cuento las veces que me he reído hasta el hartazgo, Nelson ha provocado la mayor parte de ellas. Sólo él, con mi padrino Alí Chumacero, es capaz de contar un cuento ya conocido hasta la saciedad como si fuera la primera vez que nace en nuestro gozo y provoca la sorpresa.

Un corazón tan grande como el suyo no podía estar solo y lo encontré entregado a Lea Anne, alta y alegre, amante de Alemania y las muñecas. Con todo, la pareja se hallaba en un momento de crisis y me correspondió estar con él en esos momentos donde el dolor se aco-

raza en el orgullo. La frase de José Martí que entonces repetía obsesivamente, “Nuestro vino es agrio, pero es nuestro vino” siempre me acompaña y fortalece, lo mismo que la cálida, estruendosa y unida familia De Vega.

Con Nelson he vivido alegrías tan altas como sombrías visitas a la entraña. La muerte de su hijo David fue para mí tan dolorosa como sólo había sido antes la de mi padre. Un puente venía otra vez a recordar nuestra fragilidad: en medio de la noche texana, David no lo vio pero el puente sí lo vio a él, particularmente al automóvil que ya en ese instante era su segunda piel. Se fue de esta vida cuando su adolescencia feroz daba paso a un joven cada vez más sereno y seguro. Cuando comenzaba a conciliarse con su cuerpo, a escribir poemas y a pensar sobre esta aventura que nos toca. Unos años más tarde murió mi hermano Ignacio. Nelson no lo pensó dos veces y viajó a México especialmente para rezar frente a su tumba. Juntos pasamos también el violento tránsito de Benjamin Burgess en Campeche y el no menos inesperado de George Wingerter, nuestro común hermano del alma.

El 24 de agosto de 2011, Nelson llegó al año ochenta de su edad. Me parece imposible concebir de esa edad a alguien de su temple y su invencible sentido del humor. Tan niño y tan irresponsable. Tan lúdico y cuidadoso con todo lo que verdaderamente vale la pena, desde la fruta, la despensa y la botella de champaña en el refrigerador de su departamento que ofrece a sus amigos como la mejor suite de Houston hasta el cuidado que tiene con su sobrino Raphie, luminoso *child of a lesser god*.

Hoy su recuerdo llega intempestivamente porque huele a pino profundo y el aire se puede masticar porque es de hielo. El aroma es también de una casa distinta a las nuestras. A su abrigo, la piel es invadida por una temperatura inédita que me ha impedido dormir. Afuera no ha dejado de caer la nieve. Estoy en Thompson House y mañana es el primer día de clases en Austin College. Febrero de 1984. Comienza una aventura inédita que quisiera compartir con papá. Decirle que a mis veintinueve años soy profesor visitante de una universidad texana, en tierras que fueron nuestras, como me lo contaba al hablar detalladamente de los mexicanos que en 1846, luego de recorrer el país entero, fatigados y hambrientos estaban a punto de entrar en combate contra el ejército invasor en un lugar de Coahuila llamado La Angostura. Siento su mano en el hombro de la misma forma suave y firme en que me llevaba a inscribirme en el bachillerato universitario. Aún no lo sé, pero estoy a punto de tener un padre nuevo, que habrá de empujarme a la arena con la hosca ternura del sanguíneo. Para no doblarse jamás y antes romperse. Para vivir *sin patria pero sin amo*. **U**

Fragmento del libro *La Invencible*, Joaquín Mortiz, 2012.

